

D  
bana  
ne

Ciclo de cine CyAD

# Perspectiva urbana desde el cine

Guillermo Nagano  
Síntesis Creativa

**E**l alcance del cine como recurso educativo es invaluable, sobre todo si no antepone su carácter de vivencia y disfrute, soslayando la intención de convertirlo en recurso didáctico. El secreto para aprovechar su potencial reside en no presentarlo, en primera instancia, como una "tarea" sino más bien como un mensaje que penetra sutilmente a través de los sentidos y se afianza mediante el compromiso emocional con las situaciones, personajes y locaciones, intensificado por la música, la fotografía y los efectos especiales.

Para la comprensión de la arquitectura y el urbanismo resulta un apoyo incomparable, dado que llena un vacío que los programas académicos no siempre logran transmitir de manera tan eficaz: el de la afectividad.

Mediante los recursos de la cinematografía se puede sensibilizar a los espectadores acerca de la importancia del entorno urbano arquitectónico en el comportamiento de los individuos y la forma en que estos espacios y formas condicionan el desarrollo de la vida.

El bagaje de tácticas afectivas que los arquitectos necesitan para la producción de soluciones urbano arquitectónicas, emocionalmente comprometidas y capaces de ser consideradas obras de arte, se enriquece de alguna manera al someterse a vivencias, convivencias, viajes, meditaciones y reflexiones que sólo se dan a través de la experimentación y el tiempo: ambos recursos costosos y de difícil y lenta adquisición para un joven aprendiz.

La posibilidad que el cine nos da de comprimir el espacio y el tiempo en una pantalla es una posibilidad económica de apresurar, o al menos incentivar, este aprendizaje afectivo. El cine es capaz de desprendernos de la realidad y experimentar diferentes situaciones y actuaciones; de situaciones y emociones capaces de modificar nuestra manera de pensar y sentir, a veces mientras dura la función y en ocasiones de manera definitiva.



Llorar, reír, amar, sentir, vivir, incluso morir; todo es posible en el imaginario que el cine nos ofrece. Por un centenar de minutos, participamos en aventuras y somos transportados a lugares donde la fantasía de un autor, la maestría de un director y el desempeño de buenos actores nos conducen. Por fortuna y por desgracia en el tiempo cinematográfico todo termina, o al menos nos deja la esperanza de una zaga reivindicadora, por lo que al finalizar la función, respiramos con alivio como sobrevivientes de los desastres más terribles y las tragedias más conmovedoras, después de haber reído, amado y odiado intensamente.

La luz se enciende y el recuento de los daños nos deja ver, bajo la tenue luz de los créditos en la pantalla, restos de chatarra alimenticia y rostros que disimulan ojos llorosos o pregonan radiantes sonrisas, dispuestos a enfrentar otra aventura quizá más dramática: pagar el estacionamiento y los tacos; sentir que nuestro Chevy es un Hummer con el que nos dirigiremos, vía segundos pisos, a la guerra de las galaxias contra el cotidiano malhechor que con su "cuerno de chivo", nos despojará del auto y de la investidura de héroe o heroína. Si bien nos va y salimos vivos, cruzaremos la ciudad, inmensa escenografía de la vida, como actores de otra película: la de la realidad; poco a poco, ésta nos despoja del papel de superhéroes imbatibles y nos coloca como un "extra" más entre la multitud de comparsas.

La paradoja es que en la vida real, las más de las veces, actuamos como *stunts*, poco conscientes de la importancia de nuestro papel, que afrontamos y resolvemos situaciones que aterrarían, por su aburrimiento, peligro o estupidez a todos los personajes de una película, si éstos, invirtiendo la situación, pudiesen ver hacia la realidad: tal como Woody Allen nos plantea en *La Rosa púrpura del Cairo*. El cine tiene la capacidad de magnificar y estructurar la vida, el tiempo y el espacio de forma tal que impactan nuestra sensibilidad con una intensidad que, de ser vivida cotidianamente, sería devastadora.

Somos personajes de la realidad ubicados lo mismo para una situación cotidiana que para un evento extraordinario, en los escenarios en los que la vida acontece. El paisaje, la ciudad y la arquitectura, siempre presentes e influyentes en nuestro subconsciente, pocas veces reciben la atención para ser disfrutados y contemplados con la eficacia con que el cine los presenta; ocupados en vivir, sólo por momentos tenemos la predisposición para disfrutar como espectadores de nuestra propia existencia.

Esta reflexión fue motivada por el ciclo de cine organizado por Lucrecia Rubio, responsable de Vinculación Externa de CyAD, quien me invitó a comentar la película *Soylent Green* bautizada en español como *Cuando el destino nos alcance*.

Los comentarios de la audiencia posteriores a la función, acerca de la visión del futuro de la humanidad y de los espacios que le alojaran, me confirmaron la invaluable capacidad del cine como apoyo a la enseñanza y como provocación al pensamiento crítico.

